Señor Rafael Mejía, Presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia,

Señor Luis Fernando Londoño, Presidente de la Junta Directiva de la Sociedad de Agricultores de Colombia,

Apreciado Marcelo Pisani y Rafael Zavala quien es la máxima autoridad de Naciones Unidas en estos temas,

Señoras y señores.

Buenas tardes,

En primer lugar, es un gusto y un honor estar hoy aquí con ustedes. El ritmo y la extensión de los beneficios del desarrollo rural de cada país, dependen en gran medida, del liderazgo e iniciativa de su dirigencia empresarial.

En las Naciones Unidas, hemos venido trabajando, desde hace varios años y desde diferentes perspectivas, en lo rural en Colombia. En mi opinión, quizá nuestro trabajo más importante se desarrolla en las zonas rurales, donde, como mencionó el Ministro, existe la mayor parte de la pobreza extrema y las mayores brechas en términos de: seguridad, Estado de derecho, infraestructura y oportunidades de desarrollo.

Hoy, quiero concentrar mi intervención en lo que a nosotros, como sistema de Naciones Unidas, nos parece necesario para impulsar el desarrollo rural en Colombia, con base en nuestra experiencia internacional y en nuestro conocimiento de la realidad local que, a su vez, se basa en una presencia de unos 2,000 colaboradores en 40 territorios del país.

Me voy a referir a cinco puntos básicos, quizá muy obvios, que deberían, en mi parecer, influir en la política agraria que se está discutiendo en este momento en muchos espacios, entre ellos, bajo el paraguas del “pacto agrario”.

El primer punto que quiero plantear, es que el Estado tiene que reconocer la importancia de lo rural, no como un sector problemático aparte, sino como un factor que influye en el bienestar de todo el país.

En el último Informe Nacional de Desarrollo Humano del PNUD, “Colombia rural. Razones para la esperanza” de 2011 se indica que: “el mundo identifica hoy en lo rural una promesa y una esperanza. Ya no se habla solo de urbanización como sinónimo de modernización, sino de integración, continuidades e interdependencia entre las diferentes vocaciones territoriales del país. Los ciudadanos globales han comprendido que la calidad de vida en las urbes depende del bienestar de quienes habitan las zonas rurales.”

Muchas sociedades alrededor del mundo han cimentado su estabilidad política en un compromiso de todos los actores, por un desarrollo rural equitativo e incluyente.

Mi segundo punto es que, para llegar a un desarrollo rural equitativo e incluyente, es necesario el esfuerzo conjunto de muchas fuerzas diversas.

Creo que en Colombia hay grandes oportunidades en este sentido, pero también un impedimento mayor al progreso, es decir, la existencia del conflicto. Tan dañino como el conflicto, lo es la polarización política y social que es síntoma y causa del conflicto. Menciono la polarización porque me parece que ha jugado un rol nefasto, al oscurecer y achicar los puntos comunes en temas de política agraria que existen entre muchos actores de muy diversos sectores sociales y tendencias políticas.

La polarización política y social ligada al conflicto puede impedir la formación del trabajo conjunto requerido.

Un aspecto de esta polarización es la aguda oposición que en Colombia se plantea a veces entre la agroindustria y la economía familiar. Esto me ha llamado la atención, pues esta aparente dicotomía, es mucho menos pronunciada en las discusiones en otros países donde he vivido y donde se discute la modernización de lo rural.

He escuchado a quienes dicen que la pequeña economía familiar no es productiva, pero lo que enseñan muchos estudios, como por ejemplo los de Albert Berry, es que las medianas y pequeñas propiedades pueden ser tan o más productivas que la gran propiedad, especialmente cuando se trata de países en desarrollo, en los cuales hay gran disponibilidad de mano de obra y poco acceso al capital.

El modelo de economía familiar requiere del acompañamiento del Estado para garantizar las condiciones mínimas necesarias para que los mercados funcionen.

Por eso, mi tercer punto se refiere a la necesidad de entender que la mediana y pequeña propiedad, y que la economía familiar, son opciones importantes para el crecimiento económico.

Pero he visto muchos obstáculos aquí para la pequeña agricultura. A partir de mis viajes a diferentes regiones de Colombia, he podido constatar que los obstáculos al desarrollo del campo van, desde extorsiones de grupos armados y falta de infraestructura vial, hasta escasez y baja calidad de servicios esenciales, tales como la salud y la educación. Otro gran problema es la falta de un sistema confiable de catastro y el hecho de que casi la mitad de terrenos no están registrados, junto con la enorme labor de restitución de tierras aún por hacer, después de décadas de despojos.

Estas cosas explican, en parte, el auge de la economía cocalera en zonas apartadas del país, en las que el mercado ilegal llega directamente al productor, mientras que la llegada al mercado para productos agrícolas legales es casi siempre muy difícil, debido a la falta de infraestructura o apoyo del Estado.

Entonces, para que la economía familiar sea productiva y se convierta en una herramienta para luchar contra la pobreza y la desigualdad, se requiere que el Estado remueva esos obstáculos, lo que beneficiaría a todas y todos los productores rurales y, sobre todo, daría un impulso especial a la agricultura familiar. Debo mencionar que 2014, al nivel global, será el año internacional de la agricultura familiar.

La experiencia internacional indica que el despegue del desarrollo rural no se encuentra tanto en el otorgamiento de subsidios a los productos o a los productores, sino en un compromiso profundo y de más largo aliento que implique: Primero, remover obstáculos estructurales; segundo, proveer los servicios básicos de los cuales disfrutan los países de ingreso medio e invertir en bienes públicos como lo mencionó el Ministro; y tercero, generar acuerdos o alianzas sociales comprometidas con un propósito común de equidad y sostenibilidad. En este último punto, la SAC y sus gremios juegan un rol crucial para la generación de alianzas público-privadas para promover modelos incluyentes de participación en los mercados.

Hay una necesidad de aceptar y promover que la mediana y pequeña propiedad, y que la economía familiar, son opciones importantes para el crecimiento económico.

Hay varios caminos para el desarrollo económico. Está el que enfatiza la gran producción agroindustrial y que es importante, pero cada vez es más común encontrar estrategias también basadas en la pequeña producción. Hay lugar para ambas en una estrategia de desarrollo.

Una alternativa que parte del mismo principio de convivencia, atiende más a la calidad, que a la cantidad de los productos. Un ejemplo extremo, es el caso de la producción de vinos en la región de Burdeos, que genera muchísimo valor agregado y da trabajo a cientos de miles de personas, a partir de sus miles de viñedos y sus 57 denominaciones de origen, en un espacio de unas cien mil hectáreas, la misma superficie que un par de haciendas grandes en Colombia.

Hasta 1995, la región de Burdeos había caído en una crisis. Desde ese año se emprendió un trabajo de reestructuración que incluyó grandes inversiones en infraestructura pública, así como la reactivación de la producción de vinos en viñedos pequeños y el impulso al turismo.

Mi cuarto punto es otra lección de la experiencia internacional y se refiere a que no existe un único camino o un único modelo de desarrollo rural, sino que es preciso integrar o combinar diferentes elementos positivos y experiencias exitosas. Maximizar la producción de cualquier cultivo por hectárea puede ser una vía, pero no es siempre la mayor o mejor opción para el campo.

La trayectoria europea ha mostrado un resurgimiento del valor del campo, no asociado a su productividad económica, sino a lo que representa en términos de medio ambiente, agroturismo y patrimonio nacional. De hecho, existen importantes subsidios encaminados a que la gente no cultive, sino que mantenga el paisaje rural y sus recursos renovables y no renovables. Tardíamente, cuando ya se habían destruido patrimonios estratégicos e irrecuperables, Europa redescubrió estos otros valores del campo.

Ésta es una enseñanza muy importante para no repetir el mismo error. Colombia todavía cuenta con recursos rurales generosos, estratégicos y de enorme valor para sus habitantes y para la humanidad. Es tiempo de delimitarlos y protegerlos para las y los ciudadanos de hoy, y para las generaciones futuras. A mi parecer, una vez contando con la paz e infraestructura, el turismo debería ser una importante locomotora para el bienestar de las áreas rurales.

Mi quinto punto es que los retos de promover un desarrollo humano sostenible en Colombia van mucho más allá de la competencia exclusiva del Ministerio de Agricultura. Se requiere un esfuerzo adicional y permanente de coordinación entre muchas instituciones que no siempre comparten visiones y objetivos específicos. La necesidad de transformar la institucionalidad actual y adaptarla a los retos del desarrollo es imperiosa e inaplazable.

Los desafíos son muchos y deben interesarnos a todos: Estado, pobladores rurales y urbanos, sector privado, grandes, medianos y pequeños productores, comunidad internacional. Todos deberíamos estar comprometidos con una apuesta conjunta para mejorar las condiciones de vida y las oportunidades de quienes componen la sociedad rural.

Finalmente, para concluir, quiero insistir en la propuesta del Informe Nacional de Desarrollo Humano 2011 en el sentido de priorizar dos objetivos primordiales en Colombia: acabar con la pobreza y la inequidad en el mundo rural y terminar con el conflicto armado. No habrá paz duradera si persiste la inequidad; y si persiste el conflicto, no habrá desarrollo. Sin paz y sin desarrollo equitativo, el potencial de crecimiento económico sostenible siempre será restringido.

La paz y el desarollo equitativo son las precondiciones para emprender la tarea de hacer, de la Colombia rural, una esperanza para todas y todos los colombianos.

Lograr transformar lo que muchos ven como un problema mayor del país, en una esperanza y en una fuente de orgullo, dependerá también del trabajo conjunto de todos, con un enfoque en las prioridades compartidas y no tanto en las diferencias inevitables.

Muchas gracias.